

## ENCONTRÁNDOME A MÍ MISMA

Topacio

Soy de Tierra Blanca, Veracruz, y tengo veintidós años.

Cuando mis padres murieron, tenía apenas tres años y unos tíos se hicieron cargo de mí. Mi tía me pegaba y me gritaba mucho, me daba comida de tres o cuatro días y me metía al baño a comer en una borcelana. Otras veces me dejaba sin comer.

Eso no fue todo, también me hicieron daño acosándome sexualmente. Cuando ella se iba, todos los días mi tío entraba al cuarto donde yo dormía y me tocaba. Me bajaba el calzón, ponía su parte contra la mía y empezaba a rozarme. Yo gritaba, él me pegaba y amenazaba con matarme si no obedecía. También metía en mi boca su parte y me obligaba a hacerlo a diario. Tenía mucho miedo y nunca me quejaba. Cuando llegaba mi tía y me encontraba golpeada, decía que me merecía todos esos golpes, y que si me trataban mal era porque yo me lo buscaba, que si no quería seguir así, tenía que obedecer en todo lo que me dijeran.

Cuando cumplí cinco años, mi tío quiso violarme. En ese momento llegó mi tía y me encontró con la ropa rota. “¿Qué te pasó?” Le conté lo ocurrido y no me creyó. Me golpeó y dijo que era una mentirosa, una mal agradecida, que gracias a ellos tenía un techo y qué comer, que si no me hubieran recogido andaría muerta de hambre. Entonces me echó de su casa y dijo que no quería volver a verme, que para ellos estaba muerta, y que si regresaba me volverían a pegar.

Me fui de ahí. No quería que me siguieran tratando mal ni mucho menos que me manosearan y acosaran sexualmente. Caminé hacia la estación de trenes y ahí me quedé a dormir. Me encontró una señora y dijo que no podía ayudarme, pero que me llevaría con la policía para que encontraran mi casa. Me dio mucho miedo y me eché a correr hasta esconderme en el tren. Ahí me quedé a dormir hasta otro día.

Salí de la estación y me puse a llorar. Anduve buscando un lugar donde vivir y me quedé en la calle como dos años. Cuando cumplí siete u ocho, quise buscar a la familia de mi papá. Sólo sabía que vivían en Puebla, pero no dónde. Al llegar a la ciudad empecé a vagar por las calles, no sabía a dónde ir, andaba con miedo. Encontré un carro abandonado y ahí me metí a dormir. Me levantaba en la mañana a pepear de la basura para comer, o ayudaba a cargar bolsas en el mercado y les tiraba la basura. Conocí gente que me preguntaba quiénes eran mis papás y les decía que no tenía. Así siguió mi vida en la calle.

Un día me vino a la mente todo lo que me habían hecho mis tíos y juré vengarme de ellos; nunca les perdonaría el daño que me hicieron.

Los años pasaron. A los once me desgraciaron la vida. Unos malditos me violaron; seis canallas me golpearon, me cortaron el cabello, me quemaron y marcaron todo el cuerpo. Perdí el conocimiento y no recuerdo nada más.

Una señora me encontró inconsciente tirada en un basurreo. Desperté en un hospital, muy golpeada. Estaba vendada de la cabeza. Cuando se me acercó el doctor, no quería que me tocara. Empecé a gritar, a llorar; me dolía todo el cuerpo y mi parte la tenía llena de sangre. Me preguntó qué había pasado: no me acordaba. No podía controlarme y me inyectó para que durmiera. Pasaron los días. Querían dar parte a la policía y me preguntaron dónde vivía mi familia. Les dije que era de Veracruz, que aquí no tenía a nadie.

Me llevaron a donde había muchos huérfanos sin familia, como yo. Ahí me ayudaron. Estaba con un psicólogo y con mucha gente que me trataba bien, pero como tenía miedo de lo que me había pasado, a los pocos días escapé, sin sospechar que estaba embarazada.

Conocí a unos chavos que vivían en la calle y se drogaban, fue entonces cuando también empecé a drogarme, a tomar y a fumar. No quería tener ese hijo, no me interesaba. Me preguntaban quién era el padre, les decía que no quería hablar de eso y me pegaba en la panza porque veía cómo iba creciendo. Ya no me quedaba mi ropa y maldecía a ese hijo. Quería matarlo; ni yo sabía quién era el padre.

Un día que estaba drogándome, me empezaron los dolores y me llevaron al hospital. Tuve una niña. No quise darle pecho, ni cargarla, ni nada. Mis amigos pagaron el parto y me sacaron. Fuimos a la casa abandonada donde vivíamos todos. Le llevaban leche, pañales, de todo, pero como no le daba de comer, a los ocho días de nacida se puso bien mala. La llevamos al hospital muy grave; se quedó internada. A los quince días me avisaron que podía salir, pero no tenía para pagar. Una señora que conocí me ofreció cubrir los gastos de hospitalización, y se me hizo fácil decir que sí —por la ignorancia, estaba chamaca—. Me dijo que me fuera con ella a su casa, que no nos faltaría nada ni a mí ni a la niña. ¡Cuál no sería mi sorpresa cuando me dio una ropa y me ordenó que me arreglara! La obedecí, y en la noche me llevó a un bar del que era dueña. Yo no sabía qué era aquello y me empezó a sentar con los hombres. Me advirtió que si no la obedecía, me iba a matar. Por miedo, obedecí.

Luego me dijo que gracias a mí ganaba mucho dinero, porque les cobraba a los hombres por revolcarse conmigo. Me tenía encerrada en un cuarto y sólo me dejaba salir en las noches al bar. Un día me escapé y dejé a la niña con ella. Fui muy cobarde y nunca me defendí.

Después conocí a una chava que me trajo a vivir a Zaragoza; yo tenía trece años y vivía en un cuarto con ella. Seguí drogándome

y tomando. Ahí fue donde conocí la dichosa cocaína, los chochos y la *mota*; me abandoné al vicio hasta que terminé totalmente vacía. El odio y el rencor crecieron en mí. Sin conocer el cariño de mis padres, nunca supe lo que era un día de Reyes ni que me festejaran un cumpleaños; toda la gente me ha rechazado por culpa de mis tíos y de esos canallas que me desgraciaron para siempre.

Seguí con mi vida normal. No me importaba nada y mi refugio fue siempre la droga, sólo eso me hacía sentir bien. Un día que andaba hasta atrás (o sea, briaga y drogada), pasó un carro y me atropelló. A partir de ahí no me acuerdo de nada, hasta que un día desperté y vi que tenía varios aparatos en el cuerpo. Cuando la enfermera me vio, empezó a gritar. Llegó el doctor y me revisó. Dijo que me habían atropellado y que estuve nueve meses en estado de coma, que era un milagro de Dios que hubiera sobrevivido, que volvía a nacer. Estuve otras semanas internada, y cuando me dio de alta el doctor, lo primero que hice fue buscar a mis amigos para drogarme; nunca entendí nada y seguí con los mismos vicios.

Conocí a mi pareja, otro drogadicto, y me drogaba con él; siempre nos la pasábamos juntos en su cuarto. Yo tenía quince años y él diecisiete. Salí embarazada dos veces y a los dieciocho ya tenía dos niñas. Luego nos dejamos, porque me maltrataba mucho.

Una vez quiso quitarme a mi hija. Él estaba drogado y yo embarazada. Empezó a pegarme, me arrastró y me azotó contra una piedra hasta abrirme la cabeza. Un amigo me quitó a la niña y la fue a dejar a la casa de mi suegra. Ella le preguntó por mí y mi amigo le dijo que su hijo me estaba pegando y que iría a defenderme. Así lo hizo. Me lo quitó de encima, me levanté y, bañada de sangre, llena de coraje, llamé a una patrulla. Se lo llevaron a la Delegación. Ahí los del Ministerio Público me preguntaron si levantaría la demanda. Dije que no, que sólo quería darle un susto para que nunca más volviera a pegarme. Y así fue. Después hablamos y me dijo que lo perdonara, que nunca más me pegaría, que le diera otra oportunidad, que volviéramos a intentarlo, que

no lo hiciéramos por nosotros sino por nuestra hija y el bebé que estaba esperando.

Acepté, pero regresé con él porque no quería que mis hijos sufrieran lo mismo que yo, ni mucho menos que crecieran sin el cariño de su padre y sin el mío. Se siente feo no tener a nadie, como yo nací y crecí; porque no tuve ni un hermano y me hubiera gustado tenerlo para platicar o para que me hubiera cuidado de chica. En fin, así lo quiso Dios y ni modo.

Me ha costado mucho salir adelante. He trabajado siempre por mis hijas, pero no sirvió de nada porque, en realidad, nunca les di lo que buscaban en mí: amor y comprensión. Lo único que me importaba era la droga y nada más. Nunca me di cuenta de que tenía dos hijas que me necesitaban.

El 22 de mayo de 2003 hubo un operativo en el que me agarraron y me acusaron de posesión de droga, armas, báscula y dinero en efectivo. Eso no es cierto. Ese jueves estaba con mis hijas, las bañé y les di de desayunar. Luego me metí a bañar y al salir sonó el celular. Era un señor preguntándome si no iba a ir. Le dije que sí, pero que en ese momento no tenía quien se quedara con mis hijas.

Salí rumbo a casa de mi suegra y no estaba; me abrió mi cuñada Gabi.

—¿Para qué quieres a mi mamá?

—La señora que me cuida a mis hijas se puso mala y no tengo dónde dejarlas.

—Yo no puedo cuidarlas —dijo Gabi—, porque voy a regresar con mi suegra, pero si quieres, espera a mi mamá allá abajo.

Salí de la vecindad y me quedé sentada enfrente de la casa. Prendí un cigarro. Cuando me lo estaba fumando se acercaron dos hombres que me preguntaron dónde podían conseguir un tubo de mota. Les dije que no sabía. Se dieron media vuelta y se fueron, pero a los cinco minutos llegaron unos policías encapuchados y armados. Uno de ellos se acercó y me levantó de los cabellos.

—¿Dónde está la droga?

–No sé de qué me está hablando.

–No te hagas pendeja –insistía.

–No sé de qué me habla –y empezó a pegarme.

–Entrégame la droga –y yo sin saber de qué droga hablaba.

Luego, uno de los encapuchados le dijo que abriera las casas. Empezaron a romper los candados, y cuando abrieron un cuarto que estaba debajo de las escaleras, salió un policía gritando que ya la había encontrado. Se acercó el otro y me dijo:

–¿No que no sabías dónde estaba la droga?

–No sabía, ni siquiera vivo aquí.

–¿Qué estabas haciendo sentada frente al cuarto donde la encontraron?

–Esperando a mi suegra –y no me creyó.

Me tiraron al suelo, boca abajo, con las manos hacia atrás y esposadas. Mientras estaba así, vi que traían a otro señor al que también le venían pegando. Le preguntaron si me conocía; dijo que no. Me preguntaron lo mismo, les dije que nunca lo había visto en mi vida.

Nos pusieron la droga alrededor para tomarnos fotografías, luego nos llevaron en una camioneta a una oficina. Ahí nos tuvieron como dos horas. Después nos llevaron a la Federal y nos metieron a los separos. Al poco rato llegó un policía:

–¡Dime la verdad! ¿De quién era la droga?

–No sé nada; encontraron en un cuarto todo lo que dicen que es de nosotros.

–Por última vez, te hablo por las buenas. Si no me dices la verdad, te va a ir como en feria; vas a salir a pasear con alguien a quien le gusta amansar a las mujeres.

–Como quiera.

–Ah, muy machita, ¿no? –se burló.

Cuando llegó la noche, estaba acostada. Llegó el policía y ordenó que me levantara porque me iban a dar un premio. Salí y me metieron a un cuarto. Pregunté qué me iban a hacer. “Como

no quisiste decir dónde estaba la droga, te vamos a dar un recuerdito.” Me sentaron en una silla, me vendaron los ojos y me taparon la boca con un trapo. Me amarraron manos y pies y luego me golpearon. Hablaban con puras majaderías. Oí cuando le dijo a alguien que le pasara el tehuacán y el chile, y me lo echaron por la nariz. Uno de ellos me quitó el trapo de la boca y me preguntó si ya me había acordado de quién era la droga. Le dije que no, que no sabía nada. Volvió a taparme la boca. “A ver si con esto empiezas a recordar.” Me pusieron una bolsa en la cabeza, me la dejaron un buen rato y así me pegaban. Rompieron mi ropa, y desnuda metieron mis pies en una tina con agua y me dieron toques. No aguanté más y caí. De ahí no me acuerdo de nada, hasta que estaba de vuelta en los separos y un doctor me curaba. “¿Ya ve?, por no haber cooperado con ellos, por eso le pegaron.” No podía hablar ni caminar, me dolía todo el cuerpo, las costillas me las sumieron a puro golpe. Me tuvieron así el 22 y el 23, hasta que el 24 de mayo me trasladaron a Lomas de San Miguel en una silla de ruedas. Todo eso no lo voy a olvidar nunca.

Ahora que estoy aquí me doy cuenta de que no estoy pagando un delito, sino el daño que les hice a mis hijas. Me ha servido mucho, porque he aprendido a valorar. Ahora tengo un papel, mi acta de nacimiento, que apenas me dieron. Ya terminé la primaria y la secundaria; me acabo de inscribir a la prepa y me estoy preparando para mi bautizo y primera comunión. Le doy gracias a Dios por haberme mandado a este lugar, ya que tal vez afuera ya me hubieran matado o qué sé yo. Están mis niñas, pero las hubiera perdido nada más por la droga. Algún día, cuando salga de aquí, voy a luchar por mis hijas y les voy a dar lo que se merecen. No me gustaría que sufrieran lo que yo he sufrido, y algún día formaré un hogar y tendré una familia para encontrar el camino de mi felicidad.

Centro de Readaptación Social  
Puebla, Puebla